

José Pablo Feinmann

Ni el tiro del final





Seix Barral

José Pablo Feinmann

Ni el tiro del final

1

Señoras, señores, o lo que ustedes sean o crean ser, buenas noches. Comprendo que estén algo distraídos, que no se hayan dado cuenta todavía de que yo estoy aquí, sentado en este taburete, frente a este triste piano, dispuesto a ganarme el pan de este día prostituyendo aquello que alguna vez fue la más intensa pasión de mi vida. Pero las cosas, salvo para algunos magníficos privilegiados, son así: uno nunca termina por ser aquello que soñó, sino —justamente— su caricatura. Bueno, están viendo la mía. Yo, aquí, hablándoles mientras los veo tomar, reírse con la mirada extraviada o dejarse despellejar por las esbeltas y habilidosas señoritas que se han conseguido para esta noche, yo, les decía, soy mi más triste, deforme, horrenda caricatura. Yo, que soñé con ser Horowitz o Dinu Lipatti.

Claro, casi nada. Con sueños así, dirán ustedes, ¿quién no termina sintiéndose un fracasado? Y es natural que piensen de este modo. Porque ustedes jamás han de haberse propuesto algo realmente grande en la vida. Jamás, estoy seguro, imaginaron un camino distinto al

que ya les habían trazado. Abogados hijos de abogados, arquitectos hijos de arquitectos, dentistas hijos de dentistas, contadores públicos nacionales hijos de contadores públicos nacionales, y así hasta el infinito. Con algunas variantes quizá, no lo niego. Por ejemplo: algún dentista hijo de un abogado, o algún arquitecto con papá contador. Pero lo mismo todos: buenos hijos, obedientes, escuela primaria, día del maestro, día de la raza, himno a Sarmiento, bachillerato, estudiantes alcemos la bandera, universidad, diploma colgado en la pared del estudio o del consultorio, y chau, se acabó; después, a ganar pleitos, a sacar muelas o a construir gallineros con aire acondicionado. Buenos hijos, todos ustedes. Los reconozco.

Y de tanto en tanto, como hoy, se vienen a lugares como éste, porque no sé qué imaginarán estar haciendo aquí, pero les aseguro que nada original. También esto estaba planeado. También los papis de ustedes, con excusas cuyo ingenio no voy a poner en duda, venían a Mar del Plata con sus amantes, o las buscaban aquí, con la mirada ansiosa y la chequera en mano. También ellos.

Pero un momento: déjenme terminar mi whisky. Ya está. Ahora lo pongo aquí, sobre el piano. Y enciendo un cigarrillo. Qué tal. ¿No parezco realmente seguro, ingenioso y desenfadado? Espero que sí, porque es mi primera noche de trabajo y no desearía que fuese la última. Dicen que el dueño de este lugar infernal es terrorífico cuando se enoja. En consecuencia, caballeros, tengo que cuidarme.

Pero volvamos a lo de antes. Y no es que quiera ofenderlos, no, sino apenas obligarlos a ver algo de la realidad. Que yo no soy Horowitz, por ejemplo, y que ustedes no son sino la aburrida repetición de modelos nada origina-

les. Plagiadores de plagiarios, eternamente condenados a ser lo que los otros decidieron que fueran. Aunque hay algo, sin embargo, sobre lo que pueden estar tranquilos: las utilísimas vidas que están viviendo, jamás serán azotadas por los vendavales del dolor, la inseguridad, la neurosis o la locura. Jamás, puedo jurarlo. Como también puedo jurar que nunca —pero realmente: nunca— llegarán a transformar en eterno algún instante de esas vidas.

Otro whisky, por favor. Como ven, el servicio es eficiente aquí. Pero el whisky es nacional, al menos el que me dan a mí.

Mi nombre es Ismael Navarro. Me contrataron para tocar el piano, y voy a tratar de cumplir. Eso sí: no sé si me van a permitir continuar hablando, decisión que —sospecho— queda en manos del malhumorado dueño de este sitio, pero les aseguro que lo voy a intentar.

Y ahora, señores y señoras: ¡aplausos, por favor! No, todavía no. Shhhhhh. Todavía no, dije. Les quiero explicar: no estoy solo aquí. Es decir: no van a escuchar únicamente mi piano esta noche. Me acompaña una cantante, por decirlo de alguna manera. Es rubia, espigada, bonita, ignoro si muy inteligente pero magníficamente tostada por el sol. Es también (y lo digo para evitar que se esfuerzen en imaginar cosas) mi amante. Se llama Susy Rivas (original, ¿no?) y aquí está: adelante, querida.

¡Aplausos, señoras y señores! No la escucharon todavía, pero no pueden negar que es bonita. Otro whisky, por favor. Gracias. Ahora sí, ya podemos empezar.

Pero antes algo más. Susy siempre empieza cantando la misma canción: «Entró el amor». O «Love Walked in», si lo prefieren. Es una canción de Gershwin, la última que

escribió, exactamente un día antes de morir. Bueno, siempre pensé que si Gershwin llegara a escuchar a Susy cantar esta canción, no esperaría ni siquiera un día para morir.

Bien, señoras y señores, esto es todo. El espectáculo comienza. Susy Rivas e Ismael Navarro interpretan para ustedes «Love Walked in».

Y que Gershwin nos perdone.

2

Fue en octubre de 1978, en Mar del Plata, cuando decidí transformarme en un chantajista. La idea no fue mía, pero —lo confieso sin pudor— apenas me la propusieron me gustó. Qué joder: ya era hora de salir de perdedor y empezar a reventar a los demás, en lugar de que los demás lo revienten a uno, cosa que a mí —invariablemente— me había ocurrido desde el maldito día en que asomé mi nariz a este mundo.

Pero empecemos por el principio.

Pongamos que me llamo Ismael.

Un comienzo ilustre, sin duda. Aunque hay una diferencia: yo no me estoy por embarcar en un ballenero de nombre *Pequod*, bajo las órdenes de un vengativo, implacable y mutilado capitán Ahab, en busca de una metafísica ballena blanca llamada *Moby Dick*. Ya lo dije: yo, apenas, me estoy por transformar en un chantajista.

Llegamos a Punta Mogotes a las dos de la tarde, en uno de los días más calurosos de ese mes de octubre. Llegamos, dije. Porque por supuesto: Susy venía conmigo.

Estábamos cansados, y no solamente del viaje sino —muy especialmente— del podrido año que habíamos pasado, con poco y a veces nada de trabajo, comiendo cuando se podía, sin plata ni para ponerle nafta al tanque de nuestro lastimoso aunque heroico Citroën.

Pero ahora todo eso había quedado atrás, teníamos un contrato para trabajar en un boliche del centro y nuestro amigo Pedro nos esperaba en el balneario, bajo el rotundo sol de la tarde, sonriendo, tostado, saludándonos con la mano en alto y fumando un cigarro largo y fino, de esos que usa Clint Eastwood, único punto de contacto entre ambos, ya que Pedro se llamaba Pedro Berstein, y estaba (aunque apenas acababa de arañar los cuarenta) irremisiblemente calvo, barrigón y —Dios lo perdona— mofletudo.

—Welcome! Welcome! —se puso a gritar apenas nos vio, no sé por qué carajo en inglés.

Pedro, el año anterior, había obtenido la concesión (aquí, en Mogotes) de un balneario que se llamaba Sirena y que él rebautizó Corto Maltés. Construyó, además, en lugar de la vieja y destartalada casilla de madera que había en el lugar, una práctica-limpia-fresca-agradable y sólida vivienda de material en la cual se instaló durante la temporada con su mujer y sus dos hijas. Le gustó el trabajo, ganó buena plata y ahora estaba preparando todo para la presente temporada. Me abrazó a mí y besó a Susy.

—Al fin llegaron —dijo mientras volvía a colocarse el cigarro en la boca—. Ya me empezaba a preocupar. Esta noche me voy.

Le pregunté por qué tan rápido.

Se encogió de hombros.

—Ya está todo listo —contestó—. Tuve que renovar la concesión, hacer algunos trámites municipales, mandar a construir mesas para las carpas y contratar un par de bañeros nuevos. Lo demás está okay.

Le pregunté cuándo pensaba regresar.

—El 15 de noviembre estoy aquí —dijo sonriendo aunque sin soltar el cigarro, y juro que no sé cómo se las ingeniaba para no hacerlo—. Ya me vengo con la familia y me instalo. Hasta entonces la casilla es tuya. Tuya y de Susy, of course —y volvió a sonreír.

Susy se asomó por una de las ventanas de la casilla.

—¡Es una maravilla esto, Pedro! —exclamó entusiasmada—. Vamos a estar requetebién aquí.

Al instante apareció con una tanga que realmente le quedaba *requetebién* (expresión que ella usaba más a menudo de lo que yo hubiera deseado), nos saludó con la mano y comenzó a caminar hacia la orilla. Pedro no dejaba de mirarla.

—¿Te gusta, no? —le pregunté.

—Vos sabés que sí —contestó—. No le falta nada. Tenés suerte, Ismael.

Sonreí.

—Puede ser. Pero te aseguro que es un disparate decir que no le falta nada. Hay miles de cosas que no entiende, y lo peor: que no va a entender nunca. Pero es una buena piba.

Nos sentamos en la arena. Lo miré.

—Estás bastante pelado, Pedro —le dije—. Y más gordo también.

Se sacó (por fin) el cigarro de la boca y sacudió la ceniza. Dijo:

—Son los años, viejo. Uno no lo puede creer, pero a partir de un momento empiezan a devorarte. En diciembre cumpla cuarenta, Ismael. Cuarenta. ¿Qué te parece?

¿Qué me podía parecer? Yo no estaba pelado ni gordo como él, pero tenía treinta y ocho, y no tenía balneario, ni casa en Buenos Aires, ni un Ford Falcon como el suyo. Y seguramente tampoco los iba a tener cuando tuviera los malditos cuarenta que él tenía ahora. No se consiguen todas esas cosas en sólo dos años. O al menos *yo* no las puedo conseguir.

Lo miré.

—No son muchos cuarenta años, Pedrito. Pero son cuarenta, no te lo niego. Una edad en que la gente ya no se asombra si se entera que reventaste de un infarto.

—Pero no es solamente eso, Ismael. Porque yo además de tener cuarenta, los represento. No sé. A veces pienso que necesito renovarme, rejuvenecer. —Miró hacia la orilla. Dijo—: Encontrarme con una cosita como Susy, por ejemplo. —Me miró—: ¿Cuántos años tiene?

—¿Susy?

—Claro, viejo, Susy.

—Treinta.

Movió la cabeza.

—Mi Dios, qué maravilla.

—No creas —dije—. A ella ya le empiezan a parecer demasiados.

Quedamos en silencio. Me quité la camisa y mi cuerpo recibió el primer saludo del sol de esa temporada. Bienvenido.

—¿Te acordás de la facultad? —preguntó Pedro.

Me acordaba. Durante cinco años estudiamos y rendimos juntos exámenes de Filosofía. Pedro hizo su licenciatura y se recibió en el 69. Yo abandoné dos años antes. Me había aburrido, simplemente.

—Fueron lindos esos años —continuó Pedro—. El futuro estaba lejos y todo parecía posible.

Me puse de pie.

—Bueno, Pedrito —dije—. Terminá con la telenovela. Sabés que no hay nada más parecido a un hinchapelotas que un melancólico.

—Y que con buenos sentimientos se hace mala literatura —sonrió.

—Y que al que nace barrigón es al pepe que lo fajen —dije.

—Amén.

Apareció Susy. Había entrado al agua. Tenía la piel mojada y brillante.

—Qué maravilla —dijo Pedro.

3

Te juro, Ismael, que nunca pensé que lo nuestro iba a terminar de este modo tan, no sé, raro. Claro que, aunque creo que vos nunca te diste cuenta, siempre hubo algo raro en lo nuestro. Y lo primero es, justamente, que haya sido yo quien se dio cuenta. Yo y no vos, que sos tan inteligente y brillante, y sabés hablar y decir cosas profundas. Yo, la sonsita de Susy, que te acompañó siempre y escuchó todas tus embestidas contra el mundo. Escuchó, digo, y no me equivoco, porque tus embestidas siempre fueron de

palabra, que es tu arma, de acuerdo, pero tu única arma, Ismael, y no alcanza.

No creas que te digo todo esto con resentimiento o bronca. Yo te quiero, Ismael. Seguramente menos, mucho menos de lo que vos siempre creíste, pero te quiero. Aunque tampoco estoy segura de que esto haya sido lo más importante para vos. Que te quiera, digo. Supongo que requerías más mi deslumbramiento, mi admiración, mi embobamiento con vos. Eso sí te hacía bien. Pero no alcanzaba tampoco. Al fin y al cabo, ¿quién era la que te estaba admirando? Apenas Susy, la sonsita de Susy. Muy poca cosa para tu enorme talento, o como quieras llamarle a eso que suponés que te hace distinto a los demás.

Siempre me pregunté por qué no te buscaste otra. Otra, una como vos, brillante, ingeniosa, capaz de opinar sobre música, literatura o política, una que te hiciera sentir orgulloso cuando conquistaras su admiración. Y creo que tengo la respuesta: vos siempre les tuviste miedo a las mujeres inteligentes. Pobrecito, Ismael. Es como si únicamente te hubieses sentido capaz de conseguir la admiración de una sonsita como yo. Como si te resultaran demasiado las mujeres a las cuales vos parecías estar destinado. O como si les tuvieras miedo. Sí, ya te lo dije, sobre todo esto: como si les tuvieras miedo.

4

Pedro (y supongo que porque ese día se sentía generoso, y deseaba demostrarnos que nos quería mucho, y estaba de buen humor, y todo eso) nos invitó a

almorzar en el Puerto, en La Taberna Baska, que estaba por cerrar cuando llegamos (eran casi las tres de la tarde), pero no por eso dejó el mismísimo dueño de saludarlo efusivamente (Pedro era todo un personaje entre Mogotes y el Puerto) y prepararnos con milagrosa brevedad una mesa con un formidable vino blanco bien helado y una picada con mariscos, roquefort y pez espada con salsa tártara que deslumbró no sólo a Susy —propensa siempre a deslumbrarse— sino, lo confieso, a mí también.

Comimos, reímos, brindamos, nos deseamos buena suerte, nos juramos eterna amistad, nos encurdelamos un poco y Pedro aprovechó para besar un par de veces a Susy, de puro entusiasmo nomás.

Nos sirvieron el café casi a las cuatro y media. Encendimos cigarrillos y entonces —recién entonces— Pedro empezó a hablar, por decirlo así, en serio.

—Quiero pedirte algo, Ismael.

—Dale, pedí.

Terminó el café y encargó otro. Con uno solo no se iba a despertar del todo. Dijo:

—Quiero que cuides tu trabajo en el Douglas. Quiero que cuando yo vuelva, a mediados de noviembre, todavía estés trabajando allí.

(No lo dije: Douglas se llamaba el boliche donde íbamos a trabajar Susy y yo a partir de esa misma noche, y no era poco lo que Pedro había hecho para conseguirnos ese contrato.)

Sonreí.

—¿Qué pasa, Pedrito? Es como si no me tuvieras confianza. Quédete tranquilo: mi piano va a sonar bien

y Susy no va a desafinar más de lo habitual, que aunque mucho es tolerable.

Pedro negó con la cabeza.

—Dejala en paz a Susy —dijo como un verdadero caballero el muy cretino—. No me refiero a ella ni al sonido de tu piano. Estoy hablando de vos. O mejor dicho: estoy hablando de lo que vos hablás.

Yo también terminé mi café y pedí otro.

—¿Te molestan mis charlitas con el público? —pregunté.

—A mí me importan un carajo tus charlitas con el público, Ismael. Incluso, te juro, hay veces en que realmente me hacés divertir. Aunque, no sé, siempre pienso que exagerás. Pero no se trata de mí en este asunto, sino del público y del dueño del Douglas. Te explico: el público es toda gente de pro, mi viejo, executives cincuentones con señoritas eficientes y ávidas, que saben hacerse mimar, objetos de lujo para lucir como el más caro de los autos importados; y el dueño es un tal Anselmi, con muy mal genio y escasísimo sentido del humor, especialmente del que a vos te gusta, que podríamos llamarlo, ¿cómo, Ismael?, ¿cómo podríamos llamarlo?: *echen mierda sobre el público*, sí, no hay otra definición. Bueno, cuidate con eso en el Douglas, por el dueño y por el público.

—Queridísimo, Pedro —dije—, lamento no poder tranquilizarte. Nunca pude sentirme responsable de las cosas que digo cuando estoy frente al público. Sale lo que sale. A veces más suave, a veces más fuerte. A veces divertido, otras ni siquiera eso, depende. —Decidí ser clemente, apoyé una mano sobre su brazo—: Pero te

prometo hacer todo lo posible para que cuando vuelvas me encuentres todavía en el mismo sitio, yo con mi piano y Susy equivocando los tonos.

—Dejá en paz a Susy —volvió a decir casi enojado ahora—. Ni equivoca tanto los tonos como vos decís (no sé por qué, pero con demasiada insistencia, Ismael), ni va a hacer nada que conspire contra la permanencia de ustedes en el Douglas. Es de vos de quien desconfío.

Largué la carcajada.

—Ismael el terrible, ¿eh? El que no deja pasar un día sin hacerse mierda un poco. Mirá, Pedrito, insisto: no puedo tranquilizarte. Si hay alguien que desconfía de mí, soy yo. Todas las mañanas me miro al espejo y me pregunto: ¿qué maravillosa idea se te va a ocurrir hoy para joderte la vida? Y siempre aparece alguna, es una fija. De modo, mi querido, que vas a tener que irte a Buenos Aires con tu desconfianza y darle de comer todos los días, porque yo no puedo ofrecerte ninguna seguridad. Y no te hagas el distraído, vos sabías eso cuando te calentaste para que lo del Douglas saliera.

—De acuerdo —admitió—. Lo sabía. Pero no te echés atrás ahora. Recién prometiste que ibas a hacer lo posible por mantener el laburo.

—¿Eso te prometí?

—Hace apenas un minuto.

—Debo estar mamado. Pedime otro café.